

mente en los banquetes; tal es su principal empleo que desempeñan á conciencia. La celebración ó reunión de Estados, son francachelas de seis semanas en las que gasta el intendente 25.000 libras en comidas y recepciones, como puede verse en las cartas y memorias de M. Furgole, abogado de Tolosa, que se hallan en los *Archivos nacionales*.

Según puede así mismo comprobarse en las relaciones dirigidas al negociado general de los gastos de la real casa, en Marzo de 1780 por M. Mesnard de Chousy, y en las memorias de Augeard, 97, de Mme. Campan, I, 291, de d'Argenson, así como también en el *Essai sur les capitaineries royales et autres* p. 80, y en el *Etat de la France en 1789*, de Warroquier. Tan lucrativos y tan inútiles como aquellos, son los empleos de corte, prebendas domésticas cuyos gajes y accesorios sobrepujan en mucho á los emolumentos. Hallo en el estado impreso 295 oficiales de boca sin contar los mozos para la mesa del rey y de su servidumbre, y «el primer mayordomo disfruta 84.000 libras anuales en vales y alimentos» sin contar su sueldo, y las «libreas de gala» que cobra en metálico. Las primeras camareras de la reina inscritas en el almanaque, 150 libras y pagadas en 12.000 francos, se hacen en realidad 50.000 con la reventa de las bugías consumidas durante el día, Augeard, primer secretario de cámara cuyo empleo tiene señalado un sueldo de 900 libras anuales, confiesa que le produce 200.000. El capitán de monteros de Fontainebleau vende cada año en provecho suyo, por valor de 20.000 francos de conejos. «En cada viaje á las casas de campo del rey, ganan sus azafatas un 80 por ciento sobre sus gastos de mudanza ó de viaje; dícese que el café con leche y un panecillo para cada una de estas señoras, cuesta 2.000 francos al año, y así sucesivamente en lo demás.» «Mme. de Tallard, se ha hecho una renta de 115.000 libras con su empleo de aya de los infantes de Francia, puesto que su sueldo aumenta de 35.000 por cada uno de estos.» El duque de Penthièvre, en su calidad de gran almirante, percibe un derecho de anclaje sobre todos los buques que entran en los puertos y ríos de Francia, y el producto de este derecho importa 91.484 francos anuales. Mme. de Lamballe, superintendente inscrita con un sueldo de 6.000 libras, cobra 150.000 según cuentan d'Arneht y Geffroy en su *Marie-Antoinette*, y como puede verse en las memorias de Mme. Campan, t. I, p. 296, 298, 300 y 301, y t. III, p. 78, así como en el *Gouvernement de Normandie*, de Hippeau y en las memorias de d'Argenson, el duque de Gèvres, gana en cada castillo de fuegos artificiales 50.000 escu-

dos con sus restos, y el maderamen que en virtud de su empleo le pertenecen. Grandes oficiales palacios, gobernadores de sitios reales, jefes de sotos, chambelanes, escuderos, gentil-hombres de servidumbre, gentil-hombres ordinarios, pajes, gobernadores limosneros, capellanes, damas de honor, azafatas y señoras de compañía de las casas del rey, de la reina, de Monsieur, de Madame, del conde y de la condesa de Artois, de Mesdames de Mme. Real, de Mme. Isabel, en casa de cada príncipe y otras partes, centenares de empleos dotados con sueldos y gajes accesorios, están sin funciones ó sólo sirven de mero ornato. «Mme. de Laborde acaba de ser nombrada camarera de alcoba de la reina con 12.000 francos de pensión contra el tesorero particular del rey; se ignora cuáles son las obligaciones de este empleo que no ha existido desde el tiempo de Ana de Austria.» El hijo mayor de M. de Machault, se le nombra intendente de rangos. «Es uno de los empleos llamados de gracia; éste produce 18.000 libras de renta sin más obligación que la de poner la firma dos veces al año.» Lo mismo sucede con el cargo de secretario general de los suizos que produce 30.000 libras de renta, y fué concedido al abad Barthelemy, y con el de secretario general de los dragones que vale 20.000 libras anuales, y es desempeñado, alternativamente, por Gentil Bernard y por Laujon, dos poetas de bolsillo. Más sencillo sería dar el dinero sin cargo; y en efecto, éste no hace falta alguna; cuando día por día se leen las memorias, no parece sino que el Tesoro sea un botín de guerra. Asíduos para con el rey, los cortesanos le recuerdan sus cuidados. Son sus familiares, los huéspedes de su salón, personas de calidad como él, sus clientes naturales, los únicos con los cuales departe y tiene necesidad de ver contentos; no puede dispensarse de socorrerles. Necesario es que contribuya á dotar á sus hijos puesto que firma el contrato de esponsales; necesario es que á ellos mismos también les enriquezca, ya que su hijo sirve para adornar su corte. Siendo la nobleza un ornamento del trono, su poseedor es quien debe dorarla cuantas veces sea necesario (1).

Son de una elocuencia extraordinaria las cifras y las anécdotas que vamos seguidamente á consignar, y que al azar tomamos de entre una multitud que de ellas pueden verse en el *Journal* XIV, p. 147 y 295; XV, p. 36 y 119 de Luynes, en las *Memoires*

(1) D'Argenson, *Memoires* 9 Diciembre 1751.—«El gasto que hacen los cortesanos para tener dos trajes nuevos y magníficos, uno para cada uno de los dos días de fiesta, y eso por orden del rey, acaba de arruinarlos.»

de d'Argenson, fechas 8 Abril 1752, 30 Marzo y 8 Julio 1753, y 2 Julio 1755; en la obra *De l'administration des finances*, de Necker, t. II, p. 265, 269, 270, 271 y 228, y finalmente en la página 249 de las *Memorias* de Augeard: «El príncipe de Pons tenía 25.000 libras de pensión procedentes de los beneficios del rey, de los cuales Su Majestad hubiera querido dar 6.000 á Mme. de Marsan, su hija, canonesa de Remiremont. La familia representó al rey el mal estado de la situación del príncipe de Pons, y Su Majestad tuvo á bien conceder á su hijo el príncipe Camilo, 15.000 libras de la pensión vacante por fallecimiento de su padre, y 5.000 libras de aumento á Mme. de Marsan.» «M. de Conflans contrae matrimonio con la señorita Portail.» «En favor de este matrimonio, tuvo á bien el rey que de la pensión de 10.000 libras concedida á la señora presidenta Portail, pasaran 6.000 á M. de Conflans después de la muerte de ésta.» M. de Sechelles, ministro dimisionario, «tenía 12.000 libras de una antigua pensión que el rey le conserva; tiene además 20.000 libras de pensión como ministro, y el rey le da á más de todo eso otra pensión de 40.000 libras.» Algunas veces los motivos de tales mercedes son dignos de admiración. Necesario es consolar á M. de Rouillé de no haber participado del tratado de Viena. Esta es la razón por la cual «se da una pensión de 6.000 libras á su nieta, la señora de Castellane, y otra de 10.000 á su hija la señora de Beuvron que es muy rica.» «M. de Puisieux goza de 76 á 77.000 libras de renta por los beneficios del rey; verdad es que tiene un patrimonio considerable, pero la renta de este patrimonio es eventual, pues consiste en viñas en su mayor parte.» «Se acaba de dar una pensión de 10.000 libras á la marquesa de Lède, porque á disgusto á la señora Infanta, y para que se retire.» Los más opulentos tienden la mano y toman. «Se ha calculado que en la última semana se dieron pensiones por valor de 128.000 libras á varias señoras de la corte, mientras ninguna se ha dado de dos años á esta parte á los empleados; 8.000 libras á la duquesa de Chevreuse, cuyo marido tiene de 4 á 500.000 libras de renta; 12.000 á la señora de Luynes para que no esté celosa; 10.000 á la duquesa de Brancas; 10.000 á la duquesa viuda de Brancas, madre de la anterior, etc.» Al frente de estas sanguijuelas se hallan los príncipes de la familia real. «El rey acaba de dar 1.500.000 libras al Sr. Príncipe de Conti, para el pago de sus deudas; de cuya suma, se le da un millón bajo pretexto de indemnizarle del agravio que se le hizo con la venta de Orange, y 500.000 libras como merced.» «El Señor duque de Orleans tenía antigua-

mente 50.000 escudos de pensión como pobre, y mientras esperaba la herencia de su padre. Habiendo llegado en virtud de este acontecimiento á gozar de una riqueza de más de tres millones de renta, renunció su pensión. Pero después representó al rey que gastaría por otro lado su renta, y éste, le devolvió sus 50.000 escudos.» Veinte años más tarde, en 1780, cuando queriendo Luís XVI aliviar el Tesoro, firma la «gran reforma de su mesa,» «se dan á las infantas 600.000 libras para la mesa,» es decir, solo en comidas; hé ahí lo que tres viejas señoras, reduciéndose mucho, cuestan al público. Para los dos hermanos del rey se señalan 8.300.000 libras además de los dos millones de renta que les dan sus infantazgos; para el delfín, la infanta Real, Mme. Isabel y las infantas, 3.500.000; para la reina cuatro millones; hé ahí la cuenta de Necker en 1784. Únanse á esto los donativos sueltos en dinero declarados ó embobados, tales como los 200.000 francos á M. de Sartinés para ayudarle á pagar sus deudas, los 200.000 á M. Lamoignon guardasellos, 100.000 á M. de Miramesnil por gastos de establecimiento, 166.000 á la viuda de M. de Maurepas, 400.000 al príncipe de Salm, 1.200.000 al duque de Polignac, por la obligación del condado de Fenestranges y 754.337 á las infantas para el pago de Bellavista (1).

«M. de Calonne, dice Augeard, según puede verse en la *cuenta general de las rentas y gastos fijos de 1.º de Mayo de 1789*, hizo, apenas nombrado, un empréstito de 100 millones, del cual no entró una cuarta parte en el Tesoro real; lo demás fué devorado por los cortesanos; lo que dió el conde de Artois, se evalúa en 56 millones, y la parte de Monsieur en 25; á cambio de una renta de trescientas mil libras que antes disfrutaba, dió al príncipe de Condé doce millones pagados de una sola vez, y 600.000 libras de renta vitalicia, é hizo que el Estado suscribiera las más onerosas adquisiciones y trueques, en los cuales el perjuicio ó la pérdida fué mayor de 500%.» Y no debemos olvidar que según el valor actual del dinero, todos estos donativos, pensiones y sueldos valen el doble. Tal es el empleo de los nobles junto al poder central, en vez de hacerse los representantes del público, quisieron ser los favoritos del príncipe, y esquilman el rebaño que debieran defender.

(1) Nicolardot, *Journal de Louis XVI*, p. 228. Sumas anotadas en el *Libro Encarnado de 1774 á 1789*: 227.984.715 libras, de las cuales, 80 millones fueron empleadas en donativos á la familia del rey. Entre otras 14.450.000 á Monsieur, 14.600.000 al conde de Artois, 7.726.253 para Saint-Cloud, regalado á la reina, 8.700.000 por la adquisición de Ile-Adam.

IV

Al fin, el rebaño desollado conocerá lo que de su lana se hace. «Tarde ó temprano, dicen las exortaciones del Parlamento de Dijón al rey en 19 Enero de 1764, como puede verse en *Le president de Brosses*, de Foisset, el pueblo sabrá que las ruínas de nuestra hacienda continúan prodigándose en donativos tan frecuentes como poco merecidos, en pensiones exce-



DU BARRY

blico, descuida con mayor razón á sus dependientes; después de separada de la nación, se separa de su séquito. Es un estado mayor con licencia que se entrega á una francachela, y no se cuida ya de los oficiales inferiores; llega un día de batalla, nadie le sigue; se buscan jefes en otra parte. Tal es el aislamiento de los cortesanos y de los prelados en medio de la pequeña nobleza y del bajo clero; toman para sí una parte sobrado grande, y no dan nada ó casi nada á los que no son de su sociedad. Contra ellos se levanta hace un siglo, un sordo murmullo que va creciendo hasta convertirse en un clamor, en el cual el espíritu antiguo y el espíritu nuevo, las ideas feudales y las ideas filosóficas rujen al universo. «Yo veo, —decía el baile de Mirabeau, y esto está comprobado en su carta de 26 de Mayo 1781 que puede verse en las *Memoires de Mirabeau*, de Lucas de Montigny, y también por d'Argenson, Marechal Marmont y de

sivas y multiplicadas á las mismas personas, en dotes y seguros de viudedad, en pagos y sueldos inútiles.» Tarde ó temprano rechazará «esas manos ávidas siempre abiertas y que nunca se creen llenas, esa gente insaciable que no parece nacida sino para arrebañar con todo y no tener nada, gente sin piedad y sin pudor.» Y aquel día los desolladores se encontrarán solos, porque lo natural en una aristocracia que no piensa sino en sí misma, es que se convierta en una pandilla. Habiendo olvidado al pú-

Ferrières en sus respectivas memorias, —que la nobleza se envilece y se pierde. Ella se extiende á todos los hijos de las sanguijuelas, á toda la pillería rentística introducida por la Pompadour salida á su vez de estas inmundicias. Una parte de esta nobleza va á envilecerse en la servidumbre cortesana, la otra se mezcla á la canalla oficinesca que transforma en tinta la sangre de los súbditos del rey; la otra perece ahogada bajo viles vestiduras, átomos innobles del polvo de gabinete que un empleo saca de la inmundicia,» y todo eso ya prevenga de antigua ó de moderna raza, constituye una pandilla que es la Corte. «¡La Corte! —exclama d'Argenson, —en esta palabra se encierra todo el mal. La corte se ha convertido en el senado de la nación; el más ínfimo criado de Versalles es senador; las camareras tienen parte en el gobierno, sino para mandar, á lo menos para destruir las leyes y los reglamentos; y á fuerza de obs-

truir, ya no hay ni leyes, ni órdenes, ni ordenanzas... En tiempo de Enrique IV, los cortesanos vivían en sus casas; no estaban empeñados en gastos ruinosos para ser de la corte, así es que las mercedes no les eran *debidas* como ahora... La corte es la sepultura de la nación.» Semejante estado de cosas lo comprueba Dumouriez en el prefacio de sus memorias; y el mismo padre de Chateaubriand es uno de los descontentos «hondero político y gran enemigo de la corte.» Viendo muchos oficiales nobles que los

grados superiores de la milicia sólo pueden disfrutarlos los cortesanos, abandonan el servicio y van á llevar el descontento á su país. Otros que no salieron de sus haciendas, vejetan en la incomodidad, la ociosidad y el fastidio agriadas sus ambiciones por la impotencia. En 1789, dice el marqués de Ferrières, la mayor parte son «tan enemigos de la corte y de los ministros, que casi son demócratas.» Por lo menos «quieren quitar el gobierno á la oligarquía ministerial, en cuyas manos está concentrado.» No



FEDERICO GUILLERMO y FRANCISCO I

se hace ya diputado á ningún magnate; al contrario, «los desechan en absoluto diciendo que traficarán con los intereses de la nobleza,» ellos mismos en sus documentos insisten para que no haya nobleza cortesana.

Iguals sentimientos existen en el bajo clero y más vivos aún, porque está excluido de los elevados empleos no sólo como inferior, sino también como plebeyo; y así puede verse en las *Ephemerides du citoyen* II, 200, 203, el *Dictionnaire philosophique*, de Voltaire, artículo *Cura de aldea* y en la *Histoire de l'Eglise de France*, del abad Guettée, XII, 130. Ya en 1766 decía el marqués de Mirabeau. «Sería inferir una injuria á nuestros pretenciosos eclesiásticos, el proponerles un curato. Las rentas y las distinciones son para los abades comendadores, beneficiados con simple tonsura y cabildos numerosos.»

Por el contrario, «los verdaderos pastores de almas, los que cooperan al santo ministerio, apenas tienen con que vivir.» La primera clase salida de la nobleza y de la burguesía acomodada, no tiene más que pretensiones sin verdadero ministerio. La otra no teniendo sino deberes que cumplir, sin esperanzas y casi sin renta, no puede reclutarse más que entre las últimas clases de la sociedad civil, «y los parásitos que despojan á los que trabajan, aspiran á subyugarles y envilecerles cada vez más.» Compadezco, decía Voltaire, la suerte de un cura de aldea, obligado á disputar una gavilla de trigo á su infeliz parroquiano, á querellarse contra él, á exigirle el diezmo de los guisantes y de las lentejas, á consumir su vida miserable en querellas continuas... Compadezco más todavía al cura de mezquino sueldo, á quien los monjes llamados grandes diezmeros se atreven á dar